

CARTA XV.

Diciembre 10.

Respuesta á una pregunta.—La señal de la cruz es una arma que disipa al enemigo.—La vida es una lucha.—¿Contra quién?—Necesidad de una arma al alcance de todos.—¿Cuál es esta arma?—Pruebas de que la señal de la cruz es el arma especial, el arma de precision contra los espíritus malignos.

Si comunicas mi anterior carta á tus condiscipulos, es probable, querido amigo mio, que te digan: Si la señal de la cruz es tan poderosa como se os ha escrito, ¿por qué no hace más de lo que ha hecho? Varias respuestas pueden darse á esta pregunta.

La primera está dada por San Agustin. Hablando de los milagros, el gran doctor hace una observacion justísima. Dice: "Los milagros referidos en el Cánón de los libros santos tienen una gran publicidad. Ninguno los ignora leyendo ú oyendo leer la Escritura;

y no podía ser de otra manera, puesto que son las pruebas de la fe.

“Todavía hoy se hacen milagros en nombre de nuestro Señor por medio de los sacramentos, de las oraciones y en las tumbas de los santos; pero ciertamente no tienen la misma notoriedad que los primeros. Se les conoce allí en donde se hacen, y todavía, si la ciudad es considerable, apenas tendrá conocimiento de ellos el total de los habitantes. Sucede también con frecuencia que un reducido número es el que los sabe. Cuando se les refiere en otra parte, no es tal la autoridad de su testimonio que se les admita sin dificultad y sin vacilación, no obstante ser referidos á cristianos por otros cristianos (1).”

En prueba de su aseveración, el santo refiere muchos milagros operados delante de sus ojos, algunos de ellos con solo la señal de la cruz. En consecuen-

1 Nam plerumque etiam ibid paucissime scium, ignorantibus cæteris, maxime si magna sit civitas; et quando alibi aliisque narrantur, non tanta ea commendat auctoritas, ut sine difficultate vel dubitatione credantur quamvis christianis fidelibus a fidelibus indicentur. — De Civ. Dei, lib. XVII, c. VIII.

Ma, de que tus camaradas ú otras personas no conozcan los milagros verificados por la señal de la cruz en nuestros días, no se deduce que no los haya habido.

A esta primera respuesta sigue naturalmente una segunda. Es de otro gran doctor, el Papa San Gregorio. Distinguiendo los tiempos antiguos de los tiempos modernos, dice: “Al principio de la Iglesia fueron necesarios los milagros. Por ellos debía afirmarse la fe de los pueblos. Cuando plantamos un árbol, lo regamos hasta que ha echado raíces. El día en que ya estamos seguros, cesa el riego. Hé aquí por qué dice el apóstol: El dón de las lenguas es una señal no para los fieles, sino para los infieles (1).”

En esto consiste la cultura moral como la cultura material. Hoy que el cristianismo ha echado raíces en las entrañas del mundo, los milagros no son ya ni con mucho tan necesarios como en el momento de la divina plantación. Hace mil quinientos

1 Hinc est enim quod Paulus cõbit: Lingvæ in signum sant, non fidelibus, sed infidelibus. — Hemil. XXIX in evang.

años que ya San Agustín decía: Aquel que para creer en nuestros días pida prodigios, será él mismo el mas grande de los prodigios (1).

Coloca por un instante al mundo en las circunstancias en que se encontraba en la época del nacimiento de la Iglesia, y verás á la señal de la cruz renovar todos sus antiguos milagros. Escucha la historia contemporánea:

“¿Lo creereis? escribe uno de nuestros obispos misioneros, diez aldeas se han convertido. El diablo está furioso y hace esfuerzos desesperados. Ha tenido cinco ó seis posesiones durante los quince dias en que acabo de predicar. Nuestros catecúmenos arrojan á los diablos y curan á los enfermos con el agua bendita y la señal de la cruz. He visto cosas maravillosas. El diablo me ha servido de un gran auxiliar para convertir á los paganos. Como en tiempo de Nuestro Señor, aunque apóstol de la mentira, no puede menos de decir la verdad.

1 Cur, inquit, nunc illa miracula, quæ prædicatis facta esse, non fiunt? Possem quidem dicere, necessaria fuisse priusquam crederet mundus, ad hoc ut crederet mundus. Quibus adhuc prodigia ut credat inquirid, magnum est ipse prodigium qui mundo credente non credit. —Ubi supra.

Mirad á ese pobre poseido, que hace mil contorsiones y dice á gritos: Por qué predicas la verdadera religion? — No puedo sufrir que me arrebates mis discípulos.—Cómo te llamas? le pregunta el catequista. Despues de algunas negativas repuso: Soy el enviado de Lucifer.—Cuántos sois?—Veintidos. El agua bendita y la señal de la cruz libertaron á aquel poseido.” (1).

Pero admitiendo, lo que yo no admito, que la señal de la cruz no obre ya milagros en los pueblos cristianos, cuántos efectos sobrehumanos no revela su poder á cada hora del dia y de la noche, en todos los lugares de la tierra cristiana? Si tú supones cien millones de tentaciones en un dia, ten por seguro que mas de las tres cuartas partes se disipan por la señal de la cruz. Quién no ha hecho la experiencia por sí mismo? Parte de ahí, y recordando que lo que tú hagas lo habrán hecho los otros, y podrás medir el poder permanente y universal de la señal libertadora.

1. Carta de Monseñor Anouilh, obispo de Abydos, misionero en China.—Tehing-Ting-Fou, provincia de Pekin, 12 de Marzo de 1862.

Voy mas léjos y admito que la señal de la cruz no siempre consiga desechar los pensamientos importunos, disipar las seducciones y detener el alma en la pendiente del abismo: de quién es la culpa? No será de la poca fé de los cristianos de nuestros dias? No hay que decir de la ineficacia de la señal de la cruz lo que se dice con razon de la inutilidad de la comunión para muchos: la falta no consiste en el alimento, sino en las disposiciones del que lo toma: *Defectus non in cibo est, sed in edentis dispositione?*

Para curar esa falta de fé que empobrece y arruina á los cristianos, he emprendido nuestra correspondencia. La voy á continuar, descubriendo un nuevo título de la señal de la cruz á la confianza de los católicos del siglo XIX.

SOLDADOS, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UNA ARMA QUE DISIPA AL ENEMIGO.—Hace mas de tres mil años que Job ha definido la vida: una lucha incesante: *militia est vita hominis super terram*. Los siglos han pasado; las generaciones han sucedido á las generaciones; los imperios han hecho plaza á otros imperios; veinte veces se ha renovado la faz

del mundo, y la definicion de Job sigue siendo una verdad.

La vida es una lucha, lucha para tí como para mí, como para tus camaradas; para el rico como para el pobre. Lucha comenzada en la cuna, para no terminar sino en el sepulcro; lucha de todos los instantes del dia y de la noche, en la salud como en la enfermedad. Lucha decision: de la victoria ó de la derrota depende no la fortuna, no la salud, no las ventajas temporales que tanto estimamos, sino infinitamente mas que todo eso: una eternidad de ventura, ó una eternidad de desgracia. Tal es, mi querido amigo, la condicion del hombre en la tierra: pero nosotros no podemos cambiarla.

Quiénes son sus enemigos, los tuyos y los míos? Ah! quién no los conoce no solo por su nombre, sino por sus ataques? El demonio, la carne, el mundo: tres formidables potencias encarnizadas en nuestra perdicion. Como no tengo la idea de hacer un curso completo de ascetismo, me ocuparé tan solo de la primera.

Tan cierto como que hay un Dios, es cierto que hay demonios. "Nada de Satanás, nada de Dios."

decía Voltaire, y tenía razón. Si no hubiera Sata-nás, no habría caída; sin caída no habría redención; sin redención no existiría el cristianismo; sin cristianismo todo sería mentira: el género humano está loco y Dios no existe.

Ahora bien, los demonios son ángeles caídos. Por la inteligencia, por la fuerza, por la agilidad son superiores al hombre. Su número es incalculable. Mientras llega el juicio final tienen por residencia el infierno y la atmósfera que nos rodea. Celosos de los hijos de Adán, llamados á la felicidad que ellos perdieron, su ocupación del día y de la noche consiste en tendernos lazos, en fomentar nuestras pasiones, en hacer nacer situaciones peligrosas, en oscurecer en nosotros la luz de la fé, en enmohecer el sentimiento moral, en ahogar los remordimientos, en hacernos cómplices de su rebelión, para convertirnos en los compañeros de su suplicio. Todas estas verdades, lo repito, son tan ciertas como la existencia de Dios.

Tiranos del hombre por el pecado, los demonios lo son de las criaturas sometidas al hombre: vencido el rey, su dignidad pertenece al vencedor. Es-

parecidos por todas las partes de la creación y en cada criatura en particular, les infiltran sus influencias malignas. En los límites del poder que se les ha abandonado, son los instrumentos de su aborrecimiento contra el hombre, contra su alma y contra su cuerpo. Este es todavía un dogma de la fe universal.

¿Qué sabe el que lo ignora? Nada. Y el que lo duda? Menos que nada. El que lo niega no puede ser contado entre los seres inteligentes.

Admitiendo la lucha y el hombre tales como son, concibes tú que la sabiduría divina dejara sin defensa al género humano? Cómo no comprender antes bien como se comprende que dos y dos son cuatro que para equilibrar la lucha, ha dado Dios al hombre una arma poderosa, universal, siempre bajo su mano y al alcance de todos? ¿Cuál es esa arma?

Interroguemos á todos los siglos, y sobre todo á los siglos cristianos. Con voz unánime os responden que es la señal de la cruz. El constante uso que de ella han hecho afirma su respuesta. Este punto de vista ilumina toda la historia de la adorable se-

ñal. Él muestra la razón; justifica altamente la conducta de los primitivos cristianos, y no menos altamente condena la nuestra.

Que la señal de la cruz sea el arma especial, el arma de precisión contra Satanás y sus ángeles, nada es más cierto. Dime: cuando se quiere conocer el valor de un cañon, de una carabina ó cualquiera otra arma de nueva invencion, cual es la manera de proceder?

No se cree ciegamente al inventor. La autoridad nombra una comision. El arma se ensaya delante de jueces competentes. Las experiencias, hechas constar por ellos, deciden del mérito del objeto de guerra sometido á su exámen.

Que sea lo mismo para la señal de la cruz. Recuerda solamente que la señal divina no es una arma de nueva fábrica. Es vieja, muy vieja, pero ni está enmohecida, ni debilitada, ni fuera de servicio. En cuanto al jurado de exámen, se formó desde hace mucho tiempo y no deja nada que desear. Se compone de los hombres mas competentes del Oriente y del Occidente, hombres especiales que de fecha antigua conocen el arma en cuestion y el officio

de la guerra, no solamente en teoría, sino en la práctica. He aquí el tribunal; escucha su juicio.

“El juez que expresa su voto en estos términos, creía en el poder de la señal de la cruz y en la bondad de esta arma divina contra los demonios? “No salgas nunca de tu casa, sin hacer antes la señal de la cruz. Será para tí baston, arma, terre inexpugnable. Ni hombre ni demonio se atreverá á atacarte al verte cubierto con semejante armadura. Que á tí mismo te enseñe esa señal que eres un soldado dispuesto á combatir contra el demonio y luchando por la corona de justicia. Ignoras lo que ha hecho la cruz? Ha vencido á la muerte, ha destruido al demonio, ha vaciado al infierno, ha destronado á Satanás, ha resucitado al universo: y dudarás de su poder!” (1).

Y creía este segundo juez que se expresa así?—  
“La señal de la cruz es la armadura invencible de

1. . . . Sed cum es januae vestibula transgressurus . . .  
crucem in fronte imprime. Ignoras quanta crux perfecit?  
mortum dissolvit; peccatum extinxet; orum inanem reddidit,  
diaboli solvit potentiam. . . . totum orbem exsuscitavit;  
et tu in ipsa non confidis!—S. Chrys., Homil XXII ad  
popul Antioch.

los cristianos. Soldado de Cristo, que no te deje nunca esta armadura, ni de día ni de noche, ni en ningún instante ni en ningún sitio. Nada emprendas sin ella. Para qué duermas ó que viajes, que veles ó trabajos, que comas ó que bebas, que navegues en el mar ó atraveses los ríos, está siempre revestido de esta coraza.

“Orna y protege cada uno de tus miembros con este signo vencedor, y nada podrá sucederte. No hay otro broquel tan poderoso contra las acechanzas del enemigo. A la vista de esta señal, los genios infernales espantados y temblorosos, emprenden la fuga.” (1).

Y creía este tercer juez que dirige á los cristianos y á sí mismo la recomendación siguiente? Hagamos con atrevimiento la señal de la cruz. Cuando los demonios la vean, recordarán al Crucificado y huirán ocultándose y dejándonos.”

1. Armemur insuperabili hac christianorum armatura. . . hac te lorica circumtege, membraque tua omnia salatari signo eterna atque circumsepi, et non accedent ad te mala. . . . Sunt enim vehementer contraria tuis inimice. Hoc signo conspecto adversariorum potentates conterritae tremantesque recedunt.—S. Epi., de Panoplia et de Pœnitent., apud Gretzer, p. 580, 581 y 642.

(Y este cuarto, que dice: “Llevemos en nuestras frentes el estandarte inmortal. Su vista hace temblar á los demonios. Ellos, que no temen los Capitolios dorados, tienen miedo de la cruz.” (1).

Ast juzga el Oriente por el órgano de sus más grandes hombres, San Crisóstomo, San Efreñ, San Cirilo de Jerusalen, Orígenes, y los cuales habrá que añadir nombres igualmente respetables.

Escuchemos al Occidente. San Agustín decía á los catecúmenos: “Es con el símbolo y la señal de la cruz con lo que hay que marchar al enemigo. Revestido con estas armas triunfará el cristiano de su tirano antiguo y soberbio. Basta la cruz para hacer desvanecer las maquinaciones de los espíritus de las tinieblas.” (2).

Su ilustre contemporáneo San Gerónimo: “La señal de la cruz es un escudo que nos pone á cu-

1. Immortale vexillum portemur in frontibus nostris, quod, cum demones viderint, contremiscent; quia aurata capitolia non timent crucem timent.—Orig., Homil. VII, in divers. Evang. locis.

2. Noverint cum symboli sacramento et crucis vexillo ei debere occurrere, ut talibus armis inductus, facile vincat christianus, de cuius oppresione male antea triumphaverat nequissimus.—Lib. de Symb. c. I.

bierto de las flechas inflamadas del demonio." (1).

Agregando: Haced frecuentemente la señal de la cruz en vuestra frente, á fin de no dar presa al exterminador del Egipto." (2).

Y Lactancio: "Cualquiera que quiera conocer el poderío de la señal de la cruz, no tiene mas que ver cuán formidable es esta señal para los demonios; abjurados en nombre de Jesucristo, los hace salir de los cuerpos de los poseidos. Qué tiene de sorprendente? Cuando el Hijo de Dios estaba en la tierra, con una palabra hacia huir á los demonios, devolviendo el sosiego y la salud á sus desgraciadas víctimas. Hoy sus discípulos echan á los mismos espíritus inmundos en nombre de su maestro y por la señal de su pasión." (3).

Han hablado el Oriente y el Occidente. Los jueces mas competentes proclaman la señal de la cruz

1. Scutum fidei, in quo ignitae diaboli crstinguuntur sagittae.—Ep. XVIII ad Eustoch.

2. Crebro signaculo crucis munias frontem tuam, ne exterminator Aegypti in te locum reperiat.—Epist. 97 ad Demetriad.

3. . . . Ita nunc sectatores ejus eosdem spiritus inquinatos de hominibus et nomine magistri sui et signo passionis excludunt.—Lib. IV, c. XXVII.

como una arma excelente, la arma especial contra el demonio. Experiencias en número incalculable sirven de fundamento á su juicio. En los primeros siglos de la Iglesia se repetían todos los días delante de los cristianos como delante de los paganos, en todos los puntos de la tierra.

Eran tan concluyentes, que un testigo ocular, el gran Atanasio, decia sin temor de ser desmentido: "Por la señal de la cruz todos los artificios de la magia son impotentes, todos los encadenamientos ineficaces, todos los ídolos abandonados. Por ella son moderados, tranquilos, contenidos los arranques de la voluntad mas brutal, y el alma, inclinada hácia la tierra, se levanta al cielo.

"Antes los demonios engañaban á los hombres tomando formas diversas, y en acecho en las orillas de las fuentes y de los rios, en los bosques y en las rocas, sorprendían por sus astucias á los mortales insensatos. Pero desde la venida del Verbo divino son impotentes sus astucias; basta la señal de la cruz para descubrir todas sus artimañas.

Quiere alguno hacer la prueba de lo que digo? No tiene mas que venir al centro de los presti-



gios de los demonios, de las imposturas, de los oráculos, de los milagros de la magia; que haga la señal de la cruz invocando el nombre del Señor, y verá cómo, por temor de esa señal sagrada, huyen los demonios, enmudecen los oráculos, los hechizos y los maleficios quedan heridos de impotencia" (1).

Voy á citarte algunas de estas experiencias. El preceptor del hijo de Constantino Lactancio, que conocia mejor que nadie los secretos de la corte imperial, informaba así: "Cuando estuvo en Oriente, el emperador Maximino, curioso escrutador del porvenir, inmolaba víctimas un día, buscando en sus entrañas el secreto de las cosas futuras. Algunos de sus guardias que eran cristianos, hicieron sobre su frente la señal inmortal *immortale signum*. En el instante los demonios se escaparon y el sacrificio permaneció mudo" (2).

Si á la vista de la señal de la cruz, está obligado el demonio á huir de sus templos, cómo perma-

1. Signo crucis omnia magica compescuntur, veneficio inefficacia fiunt, idola universa relinquuntur.—Lib. de Incarnat. Verb.

2. Quo facto, fugatis demonibus, sacra turbata sunt.—Lactant. De mortib. persecut., c. X.

neceria en otros sitios? Escuchemos á uno de los mas graves doctores del Oriente, á San Gregorio de Niza.

En la vida de San Gregorio Taumaturgo, llamado el Moisés de Armenia, el ilustre historiador refiere lo que sigue: "Troade, su diácono, llegó una noche á Neocesarea. Fatigado del viaje, consideró útil tomar un baño para descansar, y se dirigió á los baños públicos. Este sitio estaba entonces habitado por un demonio homicida, que quitaba la vida á todos los que se atrevían á entrar despues de oscurecer. Por eso se cerraban las puertas al ponerse el sol.

Se presentó el diácono, y pidió que se le abriera. El dueño del baño le hizo saber lo que pasaba. "Podeis creerme, le dijo, cualquiera que se atreva á entrar aquí á estas horas, no sale por su pié. Por la noche, el demonio, es el señor de la casa. Cuántos desgraciados han pagado ya su temeridad con gritos de dolor y con la muerte!"

"Troade no hizo aprecio de aquellos informes é insistió en que se le abrieran las puertas. Impertunado por sus instancias, el dueño del baño creyó

encontrar un espediente para poner en seguridad su vida y satisfacer el deseo del solicitante. Le dió las llaves, no atreviéndose á abrir las puertas y huyó. El diácono entró solo. Una vez en la primera sala, se comenzó á desnudar.

“De repente y de todas partes, seres horribles y espantosos, espectros variados, mitad fuego, mitad humo, rostros de hombres y rostros de animales, se ofrecieron á sus ojos, silbando en sus oídos, infestándolo con su aliento y envolviéndolo como en un círculo infranqueable. Sin conmoverse siquiera, hizo el diácono la señal de la cruz, invocó el nombre del Señor, y atravesó sano y salvo la primera pieza.

“Ya en la sala del baño, cayó en medio de un espectáculo mas horrible. El demonio se presentó á él bajo una forma capaz de hacer morir de terror. Se estremeció la tierra, tronaron las paredes, la pieza se entreabrió; y bajo sus piés vió el diácono una hornilla cuyas chispas le saltaban hasta el rostro. Recurrió á la misma arma, la señal de la cruz y el nombre del Señor: todo desapareció.

“Cuando se hubo bañado, se apresuró á salir.

Pero el demonio le estorbó el paso y mantuvo cerrada la puerta. Ante la señal de la cruz, la oposición de Satanás es vencida de nuevo, y la puerta se abrió por sí sola. Cuando salió el valiente diácono, le dijo el demonio con voz humana, *humana voce*. No atribuyas á tu virtud haber escapado á la muerte. Lo debes á Aquel cuyo nombre invocaste. Salvo ya, como lo hemós dicho, Troade fué un objeto de admiracion para el dueño del baño y para los que conocieron el suceso.” (1).

El hecho que acabas de leer querido amigo, no está aislado. Es una parte de un vasto conjunto de hechos semejantes atestiguados por mil testigos en los tiempos pasados y que se reproducen aún en nuestros días en los pueblos idólatras. Puede presentarse á Roma como testigo frecuentemente.

Dejemos hablar á Lactancio: “Cuando los paganos, dice, sacrificaban á sus dioses, si algunos de sus asistentes marcaban su frente con la señal de la cruz, el sacrificio no alcanzaba éxito, y el oráculo interrogado no daba respuesta. Tal ha sido

1. Vit. B. Greg. Inter. oper. Nysa.

frecuentemente la causa por la que los malos emperadores han perseguido a los cristianos. Algunos de los nuestros los acompañaban a sus sacrificios haciendo la señal de la cruz, y los demonios puestos en fuga, no podían marcar en las entrañas de las víctimas las señales indicadoras del porvenir. "Cuando los arúspices acababan de apercibirse, no dejaban impulsados por los demonios, a quienes sacrificaban, de quejarse de la presencia de los profanos. Los príncipes se ponían furiosos y perseguían al cristianismo de antes, a fin de mancharse con sacrilegios cuya pena ellos reportarian" (1).

Mi próxima carta contendrá otros hechos.

1. Cum enim quidam nostrorum, sacrificantibus dominis assisterent, imposito frontibus signo, deos eorum fugaverunt, ne possent in visceribus hostiarum futura depingere. —Lact., lib. IV, c. XVII.

## CARTA XVI.

Diciembre 11.

La señal de la cruz rompe los ídolos y arroja a los demonios; ejemplos.— Los arroja de los poseídos; ejemplos.— Anécdota reciente.— Nuevas pruebas: los exorcismos.— Nulifica los ataques directos de los demonios; ejemplos.— Sus ataques indirectos; pruebas.— Todas las criaturas sojuzgadas por el demonio le sirven de instrumentos para dañarnos.— La señal de la cruz los aleja y les impide ser nocivos a nuestro cuerpo y a nuestra alma.— Profunda filosofía de los primeros cristianos.— Uso que hacían de la señal de la cruz.— Cuadro por San Crisóstomo.

El poder de la señal de la cruz debe estar, mi querido Federico, tan estendido como el de Satán. El usurpador infernal se ha apoderado de todas las partes de la creación, y el propietario legítimo ha debido no solo arrojarle, sino proporcionar los medios de que se le expulse. En consecuencia, no solamente la señal de la cruz impide hablar a